

«El amor de Cristo nos apremia» (2Cor 5,14)

Pedro Mendoza Magallón, L.C.

Profesor extraordinario de teología del Ateneo Pontificio Regina Apostolorum, Roma.

Para todo cristiano y apóstol la dimensión del amor a los hombres, a quienes es enviado a evangelizar, es algo esencial, que nace de su misma vocación. Así aconteció en la vida de aquel judío celoso, Saulo de Tarso, perseguidor de cristianos a quien conocemos como el Apóstol Pablo. Su pasión de amor por Cristo desembocó en un amor inflamado a cada uno de sus hermanos los hombres.

Este artículo centra su atención en la experiencia tan singular del amor de Cristo que transformó la vida entera de este gran apóstol, convirtiéndolo en ardiente heraldo de su amor. Como punto de partida, volvemos la mirada a la experiencia del llamado de Saulo de Tarso a ser apóstol. En un segundo momento, nos detenemos en algunos pasajes donde resplandece la figura gigantesca de este heraldo del amor de Cristo.

1. El llamado a ser «apóstol»

a) Pablo «apóstol por vocación, escogido para el evangelio de Dios» (Rm 1,1)

Al igual que en otras cartas¹, Pablo inicia la carta a los Romanos calificándose con el título de apóstol: «Pablo, esclavo de Jesucristo, apóstol por vocación, escogido para el evangelio de Dios» (Rm 1,1). Al denominarse a sí mismo «apóstol por vocación», llamado por Dios, el Tarsense se refiere a su llamada personal, en cuyo origen está el mismo Dios. De igual modo insiste al inicio de su carta a los Gálatas: «Pablo, apóstol no por parte de los hombres ni por mediación de hombre alguno, sino por Jesucristo y Dios Padre que lo resucitó de entre los muertos» (Gal 1,1). Esta llamada no proviene de los hombres ni tiene por intermediario hombre alguno. Es Cristo quien lo llama directamente, y Dios Padre que, mostrando su poder, lo resucitó de entre los muertos.

La conciencia de Pablo de ser «apóstol» no solo aparece en el uso de dicho título. Él en otros pasajes se detiene a expresar de modo sumario en

¹ Cf. Gal 1,1; 1Cor 1,1; 2Cor 1,1; Ef 1,1; 1Tim 1,1; 2Tim 1,1.

qué consistió su llamado acaecido en el camino de Damasco: «mas cuando Aquel que me separó desde el vientre de mi madre se dignó llamarme con su gracia para revelar en mí a su Hijo» (Gal 1,15-16a)². En estos versículos el Apóstol se refiere a ese acontecimiento decisivo en su vida del encuentro con Cristo. Buscando expresar esa experiencia inefable e intransferible, recurre al género literario de revelación, característico en el Antiguo Testamento en los relatos de vocación de los grandes profetas, Isaías (cf. 49,1), Jeremías (cf. 1,5). ¿Cuál es el significado de estas palabras con las que Pablo recoge la revelación recibida?

Antes de responder a esta pregunta, conviene prestar atención al contexto inmediato. Para destacar el carácter singular y extraordinario de la revelación recibida, en Gal 1,13-14, el Apóstol dice: «en efecto, habéis escuchado de mi conducta un tiempo en el judaísmo, esto es, que más allá de toda medida perseguía la Iglesia de Dios y la devastaba, y superaba en el judaísmo muchos coetáneos de mi pueblo, siendo más celoso por mis tradiciones paternas». Pablo contrapone al don de la vocación recibida su carencia de disposición humana para merecerlo. Señala su conducta anterior como celoso perseguidor de los seguidores de Cristo.

Inmediatamente después de presentar esta situación negativa como perseguidor, el Apóstol señala en forma muy sumaria el evento positivo, esto es, la «revelación de Jesucristo» (Gal 1,16a), a la que ya había aludido en Gal 1,12. Aquí en 1,16a no indica nada de las circunstancias: lugar, fecha, ni el contenido del mensaje recibido en dicha revelación. Las otras dos únicas alusiones a este evento aparecen con estas palabras: «se me apareció» (1Cor 15,8b) y «he visto a Jesús Señor nuestro» (1 Cor 9,1b).

Una vez precisado el contexto del pasaje de la revelación recibida, podemos desentrañar el significado de las palabras con las que el Apóstol se refiere a ella en Gal 1,15-16a. Dos son los aspectos destacados en estos versículos, en los que viene puesto de relieve el sujeto de la acción de revelar, Dios, con dos amplias expresiones que lo cualifican. La primera: «Aquel que me separó desde el vientre de mi madre». Dios es definido como Aquel que ha decidido la vocación de Pablo. Las expresiones que usa el Apóstol para referirse a su vocación lo colocan en relación con la del profeta Jeremías: «antes de formarte en el seno materno, te conocía, antes de que salieses del seno, te había consagrado; te he establecido profeta de las naciones» (Jer 1,5) (cf. Is 49,1). Al igual que Jeremías, Pablo comprende su vocación no debida a una iniciativa tardía de Dios, sino que ésta era el fruto de una decisión divina

² Para un estudio de estos versículos, cf. A. VANHOYE, *Lettera ai Galati. Nuova versione, introduzione e commento*, Paoline, Milano 2000, 44-47.

anterior e incluso a su mismo nacimiento. Pablo, con la expresión «separar» («poner a parte», en griego: *aforízō*)³, indica la acción de elección por parte de Dios en vistas de una misión especial (cf. Rm 1,1; Hch 13,2).

En la segunda expresión, el Apóstol reafirma que su llamado tiene origen en Dios, añadiendo que se trata de una iniciativa divina gratuita: «se dignó llamarme con su gracia». Ni en éste ni en el anterior elemento el Apóstol define a Dios por sí mismo ni por su dominio sobre la creación, sino únicamente por sus iniciativas en relación con él. Pablo no dice que Dios lo haya llamado antes de su nacimiento. No precisa el momento de la llamada, pero expresa su índole gratuita, de la cual tiene plena conciencia: «se dignó llamarme con su gracia». Su vocación no proviene de mérito alguno, pues era un perseguidor. Pablo reconoce que ha sido beneficiado por el amor generosísimo de Dios.

Las palabras del Apóstol son válidas para todo el que ha sido llamado. Como para con Pablo, la elección de Dios es eterna, porque su llamada no depende de los méritos o cualidades personales, sino exclusivamente del amor de Dios. Y es una llamada enteramente gratuita.

b) La finalidad del llamado: «Porque no me envió Cristo a bautizar, sino a predicar el evangelio» (1Cor 1,17)

Al reflexionar sobre el llamado, surge una pregunta: ¿para qué llama Cristo? La respuesta a esta pregunta es doble. El evangelio de Marcos destaca el primer elemento: Cristo llamó a los apóstoles «para que estuvieran con él» (Mc 3,14b). Precisamente por eso dedica gran parte de su breve vida pública a la formación de los apóstoles. Los tiene consigo porque es necesario que lo conozcan no solo externamente, sino sobre todo internamente: es necesario que contemplen sus obras y penetren en el sentido de las mismas. Van a ser sus testigos, y ser testigos supone haber visto, conocer por experiencia. Ésta fue la misma experiencia de Pablo. Él, profundizando en la misma idea, señala como fin primero de la llamada de Dios «revelarme a su Hijo» (cf. Gal 1,16a). Este aspecto es esencial para la vocación. Se es apóstol en cuanto que se ha recibido una revelación.

En segundo lugar, cuando Cristo llama a alguien a ser su apóstol no es solo para que haga una experiencia personal de Él, sino también para que la comunique a los demás. Marcos expone esta idea. Dice que Cristo escogió a los apóstoles para que estuvieran con Él y para «enviarlos a predicar» (Mc 3,14c). Y volviendo al Apóstol, él afirma: «Porque no me envió Cristo a

³ Para el significado de este vocablo, cf. H. BALZ – G. SCHNEIDER, *Exegetical Dictionary of New Testament*. vol. 1, Sígueme, Salamanca 2001², 551-553.

bautizar, sino a predicar el evangelio» (1Cor 1,17). A la pregunta sobre la naturaleza de esta misión el Apóstol responde: «para que yo lo predicase a las naciones» (Gal 1,16b). A la revelación recibida Pablo enlaza inmediatamente esta misma finalidad apostólica en las palabras que Cristo dirige a Ananías en una visión: «Él es el instrumento que me he elegido para llevar mi nombre delante de las naciones, reyes e hijos de Israel» (Hch 9,15; cf. 22,15; 26,17). La evangelización es, pues, la misión del apóstol. En Gal 1,16b el Apóstol no se preocupa de ofrecer más precisiones, sino solo de indicar la orientación fundamental de su vocación: predicar, porque lo que estaba en discusión en ese momento era el evangelio que él predicaba. Tampoco dice nada de su apostolado entre sus connacionales, cuyo silencio no es una negación del mismo. En efecto, en 1Cor 9,20 reconoce que ha buscado atraer a los judíos a Cristo: «Me he hecho como judío para los judíos, para ganar a los judíos». Pablo, por tanto, ha sido constituido en heraldo que proclama el evangelio. Para ello, debe conocer profundamente a Cristo, estudiar y adaptar su mensaje a los hombres que le esperan ansiosos y, sobre todo, dar un testimonio evangélico con su vida.

2. Heraldo del amor de Cristo

a) «El amor de Cristo nos apremia» (2Cor 5,14)

La misión de Pablo de Tarso consistió precisamente en revelar a los hombres la gracia que él mismo experimentó «al sentirse atrapado por Cristo Jesús» (Flp 3,12)⁴. En Gal 2,20 afirma: «Vivo, pero no yo; es Cristo quien vive en mí [...] que me amó y se entregó a sí mismo por mí». De este modo indica que no vive si no por Cristo, quien es para él el centro de toda su vida, el término de todas sus aspiraciones, el móvil de todas sus acciones. Es así como en 2Cor 5,14-16, explicando de qué modo su vida entera ha quedado sellada a fuego por el amor de Cristo, añade: «El amor de Cristo nos apremia, al pensar esto: que uno murió por todos. Por consiguiente, todos murieron. Y por todos murió, para que los que viven no vivan ya para sí mismos, sino para aquel que por ellos murió y fue resucitado»⁵. Este pasaje nos ayuda a comprender de dónde proviene esa capacidad infatigable del Apóstol en la dedicación sin reservas a su misión apostólica. Él está poseído por una fuerza extraña. Efectivamente, el amor de Cristo, es decir, Cristo, lo ha captado

⁴ Para profundizar en el significado de esta expresión, cf. P. MENDOZA MAGALLÓN, «Flp 3,12: Saulo, “atrapado” por Cristo Jesús (Flp 3,12)», *Alpha Omega* 21 (2018), 353-368.

⁵ Para un estudio de estos versículos, cf. K.H. SCHEKLE, *Seconda lettera ai Corinzi*, Città nuova, Roma 1990³, 98-100.

con su amor, lo sostiene y lo impulsa. Pablo utiliza el verbo «apremia» (en griego: *synéchō*) para expresar que él se halla «dominado / absorto» por la tarea de proclamar la palabra (cf. Hch 18,5), como una persona a la que «apremia» el amor de Cristo (2Cor 5,14), y a quien ese amor lo «aprisiona» tanto hacia el Señor como hacia la comunidad (Flp 1,23)⁶.

Para el heraldo del amor de Cristo este amor se reveló en todo su poder cuando Cristo, el «uno», murió por todos (2Cor 5,14b). Este «por» (en griego: *hypér*)⁷ puede significar que Él entregó su vida «en favor de» los hombres y para la salvación de ellos. Pero puede también expresar el significado «expiatorio» de la muerte de Cristo, como afirma Marcos: su sangre «es derramada por muchos» (Mc 14,24). En este sentido, Pablo afirma de Cristo, que, muriendo en la cruz, llevó sobre sí los pecados de los hombres, culpables por haber transgredido la ley: «Cristo nos ha rescatado de la maldición de la ley, haciéndose Él mismo maldición por nosotros» (Gal 3,13).

Ya que Cristo ha muerto por todos y en lugar de todos, todos han muerto (cf. 2Cor 5,14c). Cristo, en la cruz, los encerró a todos en sí mismo y representó a todo el género humano⁸. La muerte de Cristo es, pues, al mismo tiempo, la muerte de toda la humanidad. De todos puede decirse: «estoy crucificado juntamente con Cristo» (cf. Gal 2,19b)⁹.

⁶ Solo en dos pasajes utiliza Pablo el verbo «*synéchō*» (2Cor 5,14 y Flp 1,23). Para el significado de este vocablo, cf. H. BALZ – G. SCHNEIDER, *Exegetical Dictionary of New Testament*. vol. 2, Sígueme, Salamanca 2002², 1593-1594.

⁷ Para el significado de este vocablo, cf. H. BALZ – G. SCHNEIDER, *Exegetical Dictionary of New Testament*. vol. 2, Sígueme, Salamanca 2002², 1870-1874.

⁸ Es en el bautismo donde el cristiano es puesto en directa relación con Cristo. Por medio de este sacramento el creyente es introducido en una identificación estrecha con Cristo (figura representativa de la humanidad redimida) y con toda su obra salvífica, muerte y resurrección incluidas. Pablo, en Rm 6,3-4, asocia al bautismo esta participación del creyente en la muerte de Cristo. Cf. R. SCHNACKENBURG, *Schriften zum Neuen Testament. Exegese in Fortschritt und Wandel*, Kösel, München 1971, 378-390, quien expone ahí la teoría de la «personalidad corporativa» para explicar cómo Cristo nos lleva en sí, por así decir, en el curso de su vida terrestre y nos asocia por adelantado a su destino.

⁹ Cf. P. MENDOZA MAGALLÓN, «Estar crucificado juntamente con Cristo»: *el nuevo status del creyente en Cristo. Estudio exegético-teológico de Gal 2,15-21 y Rom 6,5-11*, PUG, TG Teología 122, Roma 2005, 112: «En Gal 2,19 el apóstol, asociándose a la muerte de Cristo, habla de su muerte en sentido figurado en un contexto relacionado directamente con el tema de la ley. Cristo, al ser conducido a la muerte en cruz por condena legal, confirma, por una parte, la incapacidad de la ley de conducir a la vida y, por consiguiente, a la justificación y, por otra parte, ratifica su libertad ante el dominio de la ley, pues la ley no ejerce ningún poder sobre un muerto».

Después de haber indicado que Cristo murió por todos, Pablo añade: «para que los que viven no vivan ya para sí mismos, sino para Aquel que por ellos murió y fue resucitado» (2Cor 5,15bc). Expresa así la finalidad de la muerte de Cristo: su muerte desemboca en su resurrección y en la comunión de vida con cuantos han muerto con Él. Cristo fue resucitado de la muerte. La comunión de muerte con Él crea también la comunión de vida. Al ser resucitado Cristo de entre los muertos, vivimos también nosotros. «Si morimos con Cristo, creemos que también viviremos juntamente con Él» (Rm 6,8)¹⁰. Por tanto, aquellos que ahora tienen una nueva vida, no pueden ya vivir para sí mismos, sino que deben ponerse, con toda su vida, al servicio de Aquel que murió y resucitó por ellos. Así como Cristo vivió por otros, eso mismo deben hacer también los cristianos. La vida ejemplar de Cristo obliga y reclama siempre la vida de los cristianos. «En efecto, ninguno de nosotros vive para sí mismo, y ninguno muere para sí mismo. [...] de modo que, si vivimos y si morimos, pertenecemos al Señor» (Rm 14,7-8).

b) Heraldo de Cristo para todos los hombres: «me he hecho todo a todos para salvar a cualquier costo algunos» (1Cor 9,22b)

El pasaje de 1Cor 9,22b¹¹, que forma parte de la unidad de 9,19-23, es emblemático para descubrir el porqué de la dedicación gratuita a la predicación del evangelio y del amor de Cristo a todos, sin excepción. Su dedicación llega a convertirse en una especie de autoesclavitud, sin perder su libertad. Y el servicio prestado a la predicación del evangelio se traduce en servicio en favor de todos los hombres, indicados bajo cuatro categorías: los judíos, los sujetos a la ley, los sin-ley, los débiles. El adjetivo que indica la totalidad y la universalidad («todo», «todos») es usado repetidamente para subrayar que en la donación de Pablo no se da ninguna excepción. El juego de antítesis de las expresiones («libre – esclavo», «ser – hacerse», «de todos – para todos») crea una cierta tensión que se disuelve en la indicación de la finalidad altruista de todas esas acciones: «para poder ganar», «para salvar» algunos.

¹⁰ Cf. P. MENDOZA MAGALLÓN, «Estar crucificado juntamente con Cristo»..., 214: «el pensamiento de Pablo está dominado por el principio de vicariedad y representatividad corporativa. Para la humanidad redimida Cristo es como el cabeza de familia, una 'personalidad corporativa', así como Adán lo era para la humanidad no-redimida. Viendo las cosas desde Cristo (el 'cabeza de familia'), resulta que él ha muerto (vicariamente) por los creyentes; por tanto todos han muerto; viendo las cosas desde los creyentes (i.e. de aquéllos que están unidos a Cristo por medio del *pneúma*), deriva que ellos han muerto con él, en ese momento, cuando él los representaba realmente, y todavía lo son efectivamente solo "ahora" que a él son incorporados por medio del bautismo».

¹¹ Para profundizar en el significado de esta expresión, cf. G. BARBAGLIO, *La prima lettera ai Corinzi. Introduzione, versione e commento*, EDB, Bologna 1996, 442-449.

Por tanto, para el Apóstol la finalidad inmediata del anuncio evangélico es convertir en cristianos el mayor número de hombres, buscando la salvación final de ellos, como afirma en Rm 1,16: «en efecto, no me avergüenzo del evangelio, porque es fuerza de Dios para la salvación para todo creyente, el judío primero y después el griego». Pablo mismo ha sido llamado a participar, junto con los demás, de los beneficios salvíficos del anuncio evangélico (1Cor 9,23b).

Como testimonian los Hechos de los apóstoles y sus cartas, Saulo de Tarso, en cumplimiento del mandato de Cristo: «Ve, que yo te mandaré lejos hacia los gentiles» (Hch 22,21), proyecta su labor apostólica escogiendo tres grandes centros: Jerusalén, Antioquía, Roma. Son tres etapas de su largo camino, punto de llegada y al mismo tiempo punto de partida para llevar el evangelio a todas las naciones. Ninguno antes había emprendido viajes más largos o más peligrosos (cf. 2Cor 11,23-29) que este hombre frágil y sufriente que no conoce ni dificultades ni reposo en su misión de establecer y «recapitular todas las cosas en Cristo» (Ef 1,10b). Diversos factores contribuyeron a que la predicación del evangelio del Apóstol llegara a todos los campos y a todas las naciones, a todos los hombres. Su voz pudo ser difundida y escuchada por todos los rincones de la tierra gracias a la eficaz red de comunicaciones del imperio romano, a la difusión del griego como idioma internacional, y a la vasta acción del proselitismo judío.

El epistolario paulino y los Hechos de los apóstoles testimonian la estrategia utilizada por el Apóstol en su afán de conquistar al mayor número de hombres para el anuncio evangélico. Él estudiaba antes el alcance, la cultura, las circunstancias particulares de sus oyentes. Sin perderse en retóricas vanas, miraba directamente a su objetivo empleando a menudo frases, lenguaje y comparaciones diversos según las circunstancias.

Su predicación a los hebreos tenía una base (cf. discurso en Antioquía de Pisidia: Hch 13,16-41): recuerdo de las tradiciones proféticas y reclamo a las promesas de Dios. Los judíos escuchan de buena gana las antiguas memorias de los padres a través de la palabra del predicador de Tarso. Pero para Pablo todas las profecías tenían un punto de llegada: «el Mesías». Por eso, después de haber iluminado su figura, estaba listo para revelar su nombre. Este Mesías prometido era Jesús, quien había sido traicionado y crucificado, y quien en su amor infinito había redimido a todos los hombres. En Cristo no existe ya alguna diferencia entre judíos y paganos, amos y esclavos, hombre y mujer. «En Cristo somos todos uno» (Rm 10,12).

Un tono y una dirección diversa adquiriría la predicación del Apóstol a los paganos. Su punto de partida eran las obras visibles de la naturaleza o el

testimonio de la conciencia sobre la existencia de Dios o el anhelo natural y espontáneo hacia la divinidad. Así, en su discurso en el areópago de Atenas (cf. Hch 17,22-32), para corroborar su anuncio del misterio de la incorporación del creyente en Cristo, recurre a un verso de un poeta griego, Arato: «En Él vivimos, nos movemos y somos», añadiendo a continuación: «puesto que de Él también nosotros somos descendencia» (Hch 17,28).

Pablo, heraldo de Cristo, se dirige a todos sin acepción de personas. En todos y en cada uno, sobre todo en los más abandonados, divisa la imagen de Cristo y busca el camino para poderlo anunciar y revelarlo ante sus ojos. Su motivación: «¡la caridad de Cristo nos apremia!» (2Cor 5, 14).

Conclusión

Recapitulando, Saulo de Tarso fue «escogido» para ser apóstol del evangelio (cf. Rm 1,1; Gal 1,1). Y en su encuentro y experiencia con Cristo fue «conquistado» por su amor, para que él pudiera «conquistar» luego al mayor número de hombre para Cristo (cf. 1Cor 9,19.22). ¿Y cuál fue el motivo de su dedicación apasionada a la misión? «La caridad de Cristo nos apremia, al pensar que uno ha muerto por todos [...] para que los que viven, ya no vivan para sí mismos, sino para aquel que por ellos murió y fue resucitado» (2Cor 5,14s).

Así lo expresa el papa Benedicto en una de sus catequesis:

El amor cristiano es muy exigente porque brota del amor total de Cristo por nosotros: el amor que nos reclama, nos acoge, nos abraza, nos sostiene, hasta atormentarnos, porque nos obliga a no vivir ya para nosotros mismos, encerrados en nuestro egoísmo, sino para «Aquel que ha muerto y resucitado por nosotros» (cf. 2Cor 5,15). El amor de Cristo nos hace ser en Él la criatura nueva (cf. 2Cor 5,17) que entra a formar parte de su Cuerpo místico, que es la Iglesia¹².

¹² BENEDICTO XVI, «La doctrina de la justificación. De la fe a las obras» (Catequesis del Santo Padre durante la audiencia general del miércoles 28 de noviembre), *L'Osservatore Romano*, Edición semanal en lengua española LX/48 (2008), 736.